

## PRÓLOGO

### EL CAPITALISMO COGNITIVO COMO EL GRAN DESAFÍO DE UNA EDUCACIÓN INTERCULTURAL

Raúl Fornet-Betancourt

Resulta sorprendentemente notable que en muchos círculos intelectuales de hoy, que se entienden a sí mismos como grupos de pensamiento alternativo ante el orden cultural actualmente hegemónico y que se consideran, en consecuencia, como sectores con posiciones políticas de izquierda o “progresistas”, no sea sin embargo nada raro escuchar alabanzas incondicionales a la “modernidad tolerante y pluralista” que se abre paso en el llamado mundo global de nuestros días, llegando incluso hasta el punto de ser elogiada como el horizonte ineludible para una educación cosmopolita que fomente los valores de la libertad y del respeto a la diversidad como fundamento de una pacífica convivencia humana.

Ciertamente, valores tales como la tolerancia, la libertad, el respeto o el pluralismo son necesarios para convivir en el mundo de hoy y deberían, por tanto, tener un puesto importante en los programas de educación a nivel planetario. Es verdad también que, vistos desde una perspectiva intercultural, esos valores no son suficiente para una educación que enseñe a los seres humanos a habitar el mundo de manera orgánica y no calculadora, porque son valores todavía demasiado antropocéntricos. Pero aun así, como decía, son necesarios y, por eso, no es el llamado a la promoción de esos valores lo que sorprende y es cues-

tionable en el discurso de esas ciertas élites intelectuales supuestamente de izquierda a las que me he referido.

Lo realmente problemático en su discurso es que, dando por sentado que modernidad, tolerancia y pluralismo van de la mano, asumen que la base para el desarrollo de una renovación de la educación (y, con ello, también de las mentalidades, tanto a nivel individual como colectivo) es precisamente esa modernidad que se celebra como “tolerante y pluralista”.

### **Pero ¿Por qué es este supuesto cuestionable?**

En lo esencial por la siguiente razón:

Porque esa modernidad que se alaba como tolerante y pluralista – que, dicho sea de paso, nunca ha dejado de ser eurocéntrica y antropocéntrica – es hoy, y esto es fundamental, una modernidad que ha caído en manos de empresas privadas de innovación tecnológica y científica. Es, pues, una modernidad secuestrada por grandes empresarios capitalistas que nada tienen de tolerantes o pluralistas, si no que usan el inmenso poder de sus empresas para imponer nuevos totalitarismos. Y uno de los totalitarismos que imponen y difunden dichos empresarios con sus multinacionales de investigación tecnológica es justamente el totalitarismo científico. Destaco justo este tipo de totalitarismo porque es evidente que en el contexto de estas breves notas tiene una relevancia especial.

### **Pero ¿A qué me refiero con ello?**

Me refiero al hecho de que a diferencia del cientifismo del siglo XIX, por ejemplo, que fue en gran parte la

expresión del dogmatismo personal o de una fe ciega en el poder de la ciencia de científicos más o menos independientes, este nuevo totalitarismo científico es un producto estructural y sistemático inherente al proceso de transformación que ha llevado a cabo el mismo capitalismo al convertirse en las últimas décadas en el lugar de invención de los saberes que se declaran necesarios para “andar” por el mundo moderno. O sea que ese totalitarismo cognitivo pertenece a la estructura misma del capitalismo actual como productor de saber y de tecnología. Esas empresas privadas de investigación, cuyos nombres (y el de sus propietarios) todos y todas conocemos y cuyos “aparatos” y “aplicaciones” usamos en el diario, son muestra de que el capitalismo hoy no es solamente una forma de producción de mercancías, de circulación y de consumo de bienes y un sistema de acumulación de capital – la figura del capitalismo que, como es sabido, Karl Marx analizó de modo genial –, sino también, y acaso principalmente, un productor, gestor y difusor de saber.

Es más, el capitalismo en su figura de “capitalismo cognitivo”, como le han llamado varios sociólogos, es hoy el motor de producción de los saberes que necesita la civilización moderna para consolidar su hegemonía y expandirla por todo el planeta como una civilización que, precisamente por su base científica y tecnológica, se presenta a sí misma como una civilización sin alternativa. Pues: Quien quiera ser “moderno” y progresar en el llamado mundo global no tendrá más remedio que aceptar dicha civilización y adaptarse a sus patrones de conocimiento y de trato con el mundo.

Y deberá notarse, porque es fundamental para el futuro de la educación o de lo que queramos hacer con la educación, que cuando se habla de “mundo global” se

habla, de hecho, no de “mundo” sino de la moderna civilización capitalista.

Conviene, por ello, insistir en la idea de que el capitalismo cognitivo que se expande con la actividad de las empresas privadas de investigación como pilar único de una civilización única, cuyo curso por cierto escapa de hecho al control político de los estados nacionales, más que crear condiciones para “otros mundos posibles” u otras formas de habitar la tierra, lo que realmente hace es decretar la obsolescencia y el anacronismo de todo mundo y toda forma de vida que no lo reconozca como ley del progreso.

Se arroga así el capitalismo cognitivo, por tanto, el poder de reducir los mundos de vida de la humanidad al engranaje de la civilización que produce e impone mediante la invasión de todos los sectores de la vida y de la convivencia social. De ahí que una modernidad que asiente su desarrollo en esa base no puede ser menos que una camisa de fuerza para la diversidad de la humanidad. Conviene, por consiguiente, no ser ingenuos y pensar que se puede educar – en el caso que aquí nos importa – para la tolerancia y el pluralismo de los conocimientos en el marco de la modernidad que promueve y controla el capitalismo cognitivo. El desafío, al menos como se ve desde la filosofía intercultural, radica más bien en tomar conciencia de que la retórica de la tolerancia y el pluralismo le hace el juego al totalitarismo cognitivo de la modernidad capitalista. ¿Pues qué valor de mundo y para el mundo tienen “diferencias” que se consideran a lo sumo como piezas de museo o como elementos de adorno, pero no como fuerzas hacedoras de realidad?

A esa toma de conciencia sobre el contexto totalitario en el que nos movemos, sigue la enunciación de la idea de que la renovación intercultural de la educación es una tarea

de subversión o inversión radical que empieza por anunciar con toda claridad y decisión que la cuestión no es la de buscar métodos que lleven a la integración y a la lucha por ponerse a la altura de lo que pide la civilización capitalista moderna. La cuestión es, al contrario, la de encontrar o reencontrar los caminos que devuelvan a los seres humanos a la organicidad de la vida, esto es, a los lugares naturales que naturalmente, sostienen la vida y la convivencia. Se les puede llamar mundos contextuales, mundos locales, regiones o territorios. El nombre no es tan importante. Lo que verdaderamente importa es que sin volver a ellos no hay base para una renovación intercultural de la educación.

Lo anterior quiere decir, y por eso hablaba de tarea de subversión o inversión radical, que la renovación intercultural de la educación supone salir de la lógica de la civilización hegemónica o salir simplemente de la civilización del capitalismo cognitivo, entendiendo esto no como un afecto contra todo lo que signifique un proceso civilizador sino más bien como rechazo de la pretensión de hacer de una civilización, en este caso la capitalista, la medida de las posibilidades del mundo. Frente a tal pretensión la interculturalidad afirma que hay más mundo que civilización capitalista y que se trata, por tanto, de educar para que se haga manifiesta, en las personas y los pueblos, toda la anchura del mundo, esto es, toda su real pluralidad.

De donde se desprende otro paso, a saber, que, frente al imperativo dogmático del capitalismo cognitivo que dice que hay que educar para la civilización hegemónica, la renovación intercultural de la educación hace valer que la educación es un caminar con las memorias, sabidurías, rituales y simbologías de los mundos concretos de vida y convivencia para echar raíces en ellos y descubrir desde esas

raíces la organicidad que sostiene las identidades respectivas de cada territorio del mundo, que es al mismo tiempo la organicidad que las abre al mundo como universo compartido por otros y en el cual las fronteras que cuidan lo “propio” son también puntos de vinculación, ya que son fronteras entre miembros de un organismo y no de fragmentos aislados.

De esta manera, en resumen, al desafío de un capitalismo cognitivo que planifica la educación de manera totalitaria como una gestión funcional y mecanicista de saberes técnicos para optimizar la gerencia de la civilización hegemónica, responde la visión intercultural del mundo y de la humanidad con una idea y una práctica de la educación que quieren contribuir a que los procesos educativos se vivan como acontecimientos comunitarios contextualizados en los que mundo y ser humano renacen desde su fundante organicidad.

Al delirio de un globalismo civilizador abstracto responde así, en fin, la visión intercultural con la idea de una educación para el cuidado de la pluralidad del mundo en la organicidad que reúne y da sentido a los muchos lugares en que da casa a la diversidad de la humanidad.